

Tejedoras de esperanza. Empoderamiento en los grupos artesanales de la Sierra de Zongolica*

Desde que conocí a Miguel Ángel Sosme Campos en mi papel de lectora de su tesis, y posteriormente como integrante del jurado de su examen profesional de Licenciatura en Antropología Social (enero de 2013) —en el que propuse se le otorgara la mención honorífica por las características de su trabajo—, me pude percatar que lo que él había producido era un texto muy completo e inclusive hasta desbordante, ya que sus contenidos, contruidos metodológicamente de una manera muy sólida, incluían tanto aspectos sociológicos e históricos como antropológicos presentados de una forma ordenada y minuciosa. Todo ello dejaba ver una labor académica previa, la búsqueda de datos y claves de análisis, así como un compromiso genuino con el trabajo de campo; actitudes que, además, no sólo reflejaban una entrega total al trabajo de investigación sino un gran interés por preguntarse y tratar de comprender.

Por ello, cuando supe que su trabajo había recibido cuatro importantes premios, a saber: el Premio Fray Bernardino de Sahagún, otorgado por el Instituto

Nacional de Antropología e Historia a la mejor tesis en Etnología y Antropología Social; el Premio Ciencia, Arte y Luz, que la Universidad Veracruzana otorga a los mejores trabajos recepcionales, en su caso en el nivel de Licenciatura del Área de Humanidades; el primer lugar en el Concurso de Tesis en Género Sor Juana Inés de la Cruz, convocado por el Instituto Nacional de las Mujeres, y el primer lugar del Premio Nacional Luis González y González a la mejor tesis de Licenciatura en Ciencias Sociales que concede El Colegio de Michoacán, además de que me dio un enorme gusto, no me extrañó sobremanera ya que las características de su tesis la hacían merecedora de dichas distinciones.

Ahora, la tesis vuelta libro permite a un público más amplio conocer su trabajo. De manera sintética, se puede decir que es un texto elaborado desde la antropología y los estudios de género, que analiza de manera meticulosa la experiencia organizativa de mujeres tejedoras de la Sierra de Zongolica en cooperativas artesanales, y el proceso de empoderamiento resultado de dicha participación que ha significado cambios —de diferentes formas— en las identidades genéricas de las mujeres tejedoras. Este análisis, hecho desde el cruce de las categorías analíticas de

* Miguel Ángel Sosme Campos, *Tejedoras de esperanza. Empoderamiento en los grupos artesanales de la Sierra de Zongolica*, El Colegio de Michoacán, México, 2015, 336 pp.

género, etnia y empoderamiento, nos muestra que en el complejo proceso que viven todas las mujeres en este tipo de experiencias, como es el caso de su participación en organizaciones y movimientos sociales diversos, hay siempre cambios y permanencias, avances y retrocesos, rupturas y continuidades. Proceso complejo porque significa cuestionamientos, contradicciones y resoluciones que se dan en un tiempo largo para llegar a redefinir identidades y a enfrentar relaciones de poder; que cada mujer participante lleva a cabo de manera individual —pues cada sujeto responde a características particulares—, y que son reforzados, más o menos, por elementos del proceso colectivo sociocultural. En el caso de las mujeres tejedoras, como lo revela la obra que nos ocupa, este proceso transformador se complejiza por sus condiciones de vida, por ser mujeres pobres, indígenas, discriminadas, integrantes de grupos sociales con estructuras patriarcales profundas y que revelan, al mismo tiempo, relaciones de poder no sólo entre hombres y mujeres, sino también entre las propias mujeres que integran las cooperativas artesanales.

Como señala Sosme Campos, el concepto de empoderamiento no ha tenido un significado compartido por todas los estudiosos que lo usan; por ello, una aportación de las reflexiones teóricas de este trabajo es presentar la historia del concepto y tratar de dilucidar su signi-

ficado. El autor, en la misma línea de autoras que han trabajado previamente este concepto como Beatriz Martínez Corona, Emma Zapata Martelo y Marcela Lagarde y de los Ríos, concibe el empoderamiento “como un trayecto, como un proceso de larga duración que permite transitar de una situación de opresión, desigualdad, discriminación, explotación o exclusión a un estado de conciencia, autodeterminación y autonomía, el cual se manifiesta en el ejercicio del poder democrático que emana del goce pleno de sus libertades y derechos que supone de antemano la negociación cotidiana en el plano personal, familiar y comunitario. Es decir, se trata de un proceso que depende de una serie de factores tanto internos como externos al sujeto o los sujetos y que adquiere características particulares según el contexto” (p. 57).

En este sentido, me gustaría comentar que Sosme Campos señala que la articulación, o engarce teórico, de las categorías género, etnia y empoderamiento, le permitió “dilucidar las estrategias que ellas [las mujeres tejedoras] han desarrollado para enfrentar las adversidades a partir de la conciencia y el cuestionamiento crítico de los sistemas tradicionales de género, así como de otros [sistemas] de tipo económico que hoy las despojan de recursos trascendentales para su subsistencia, como el agua y los bosques” (p. 38). Después de leer su trabajo, considero que el engarce teórico entre

género, etnia y poder le permitió al autor analizar el empoderamiento, más como un proceso que como una categoría en sí misma. Creo que fue ese camino el que le permitió descubrir las diversas rutas de empoderamiento de las mujeres e, inclusive, los abusos de poder por parte de algunas de ellas, como el caso varias veces señalado en el libro de la señora Manuela González, mujer que, sin saber tejer, ha ganado premios nacionales. Este caso paradójico constituye, por supuesto, un ejemplo notable de explotación de una mujer hacia otras, en este caso las mujeres tejedoras.

Quiero destacar que algo que me gusta de este volumen —recordemos que es producto de una tesis de licenciatura—, es que no se realiza un simple trabajo de presentación de posturas de autoras y autores, sino que asume sus propias apuestas teórico-metodológicas. En este sentido, seguramente Sosme Campos tiene en sus cuadernos de campo, libretas de apuntes, fichas electrónicas y archivos digitales, mucha más información que la presentada en el libro; de hecho, la primera versión que conocí del trabajo era mucho más amplia. Y entre esos apuntes debe haber mayores justificaciones del uso de las técnicas cualitativas empleadas para la realización de este trabajo: entrevistas semiestructuradas y en profundidad, grupos focales y conversaciones informales. Creo que el autor debería —léase esto como una petición producto

de mi deformación profesional— de dar a conocer de manera más amplia y completa las características de dichas técnicas, la razón de su elección para este trabajo, la experiencia de su utilización y las reflexiones derivadas de ello, e ir más allá de sólo anotar que “a través de la realización de entrevistas a profundidad y grupos focales, pude conocer de la voz de las artesanas la compleja y disímil realidad que las acompañó desde su conformación en cooperativas, las estrategias tendientes a la superación de las adversidades, así como los cambios personales y colectivos que ellas experimentaron en el marco de su organización, los cuales hoy me permiten advertir el inicio de un proceso de empoderamiento multidimensional con características específicas, que serán abordadas a lo largo de este documento” (pp. 26-27).

Considero que con una tarea como ésta, Sosme Campos colaboraría de manera importante a la realización de futuros trabajos de tesis de estudiantes de disciplinas sociales y humanísticas, ya que en los trabajos que éstos revisan para la elaboración de sus trabajos recepcionales y otros, frecuentemente sólo encuentran breves notas sobre la existencia y uso de técnicas de investigación, donde parece que los autores no encontraron nunca ninguna barrera o inconveniente en su aplicación, o donde rara vez se explica cómo la utilización de tales técnicas les permitió llegar a ciertos resultados.

Por otro lado, el autor señala que el principal método empleado fue el etnográfico, acompañado de la observación participante, además de las herramientas de acercamiento ya señaladas (p. 31), y reconoce la influencia que tuvo en él la obra de Néstor García Canclini. Pero quizá, sin saberlo, las propuestas del reconocido historiador Luis González y González ya planeaban en la cabeza de Miguel Ángel desde la época en que realizaba, a los dieciséis años, siendo estudiante de una preparatoria tecnológica, su servicio social en la biblioteca del campus Coatzacoalcos de la Universidad Veracruzana —su lugar de origen—, donde, en sus tiempos libres, revisaba las colecciones de ciencias sociales y humanidades olvidadas en los anaqueles. Ahí se encontró con libros de antropología, sociología, historia y periodismo, como *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska, o con autores como Carlos Montemayor, y entonces, como él ha señalado, nació su interés por las comunidades y particularmente por la cultura; la lectura de estas obras, muy probablemente, lo llevarían al mundo de la antropología social. Acaso, sin recordarlo después, en aquel tiempo se topó con libros como *Pueblo en vilo*, *Todo es historia* o el *Oficio de historiar*, de Luis González y González, cuya propuesta de la microhistoria supuso un parteaguas en la investigación histórica en México, ya que incluía en ella a las comunidades

pequeñas y a las biografías de personajes anónimos, entre otros aspectos.

Tal vez, desde aquella experiencia, Sosme Campos abrevó en una metodología propuesta por González y González, quien a su vez reconocía haberla aprendido de Ramón Iglesias, uno de sus maestros, quien le enseñó que para hacer investigación era fundamental y básico ocuparse de asuntos que la persona ya hubiera vivido y no sólo conocido por lecturas. Iglesias llamaba a esta experiencia *vividura*, palabra que define la forma de acción que experimentan las personas en su vida cotidiana, y que para Ortega y Gasset equivalía al modo privativo de enfrentarse con la existencia que tiene un individuo o población; un concepto, por otra parte, utilizado también en el teatro, donde aquél adquiere el significado de vivir cada instante como una experiencia enriquecedora en la que antes de recibir se da y se considera a cada persona un maestro o maestra. De ahí que González y González destacara la necesidad de ir más allá del gabinete, de las bibliotecas, de la revisión bibliográfica especializada, de las lecturas precisas y ordenadas, de la aprehensión y discusión de las ideas y conceptos, de las interpretaciones de las mismas, y de partir de las vivencias, de la experiencia directa y del acercamiento a lo que se quiere conocer.

Creo que el libro de Miguel Ángel logra ese equilibrio y es producto de

su tenacidad e interés por acercarse y tratar de ser parte del entorno de las mujeres tejedoras. Eso le permitió lograr una aproximación al lugar, a la gente, a las costumbres, a sus percepciones y representaciones sociales, a sus procesos, cosa que pocos autores tan jóvenes y con escasa experiencia de investigación como él, pueden lograr. Tal vez por ello también se hizo merecedor del premio que honra la memoria de González y González.

Me gustaría resaltar, finalmente, que este trabajo tiene en su estilo de escritura y narración toques literarios y artísticos, ya que el autor nos introduce a escenarios, escenas y protagonistas por medio de descripciones minuciosas que dan cuenta hasta de pequeños detalles, con pinceladas tan finas que por momentos parecen cuadros de Velasco: podemos ver, a través de su pluma, los paisajes, las personas, las vestimentas, las casas, los textiles y casi

los gestos, es decir, la vida cotidiana en su contexto. Es una obra que no sólo analiza los diversos procesos de empoderamiento de las mujeres tejedoras, sino que a través de sus páginas se destaca la presencia de las mujeres en el arte; permite el rescate de las técnicas de tejido y otorga el valor de arte al tejido de las mujeres de Zongolica.

Por todo lo anterior, considero que este libro no sólo nos acerca a discusiones académicas de suyo trascendentes, sino que además constituye un texto disfrutable y ameno. Por lo tanto, recomiendo ampliamente su lectura, pero con calma y a un ritmo lento para no atragantarnos y poder ir construyendo en nuestra imaginación todos los componentes que conforman la obra en su totalidad.

María Eugenia Guadarrama Olivera
Centro de Estudios de Género
de la Universidad Veracruzana